

Las paradojas de la pulsión en el conflicto social

RESUMEN

La *pulsión* como energía vital asociada con la muerte, se manifiesta en la doble vertiente de creación y destrucción en las acciones humanas y en los acontecimientos sociales. En este sentido, la guerra y el ejercicio del poder arbitrario, no obstante el dolor que causan, despiertan a su vez respuestas compasivas y solidarias que restituyen vínculos. Entonces, si la destrucción pulsional es incansable, también debe ser posible el rescate persistente de la *filia* para dirimir los conflictos sociales y políticos. Analizar los testimonios de combatientes reinsertados y las reflexiones de algunos analistas sociales, puede abrir alternativas para reconducir la pulsión por las vías del amor y el orden cultural.

ABSTRACT

The *pulsión* as vital eagerness associated with death, it's manifest in the double way slope of creation and destruction of human actions and social events. According to this, the war and the arbitrary exercise of power, in spite the pain they cause, awake at the same time compassionate and symphatetic responses, that restore ties. Then, if pulsional destruction is tireless, it should also be possible to rescue the *filia* to solve social and political conflicts. To analyse the testimonies of reinserted combatants and the reflections of some social analysts, might open alternatives to reconduct pulsión thorough the ways of love and cultural order.

RÉSUMÉ

La *pulsión* comme aspiration vitale profonde associée a la mort se manifeste dans les actions humaines et dans les événements sociaux par le double versant de la création et la destruction. En ce sens, la guerre et l'exercice arbitraire du pouvoir, nonobstant la douleur qu'ils génèrent, éveillent au meme temps de réponses compatissantes et solidaires, qui restituent des liens. En conséquence, si la destruction pulsionnelle est intarissable, il devrait etre possible de retrouver la *filia* pour régler les conflits sociaux et politiques. L'analyse des témoignages de combattants réinsérés et des réflexions de quelques analystes sociaux peut ouvrir des alternatives pour entrainer la pulsion vers les voies de l'amour et de l'ordre culturel.



Este texto surge de un antiguo interés por analizar las vicisitudes entre el sujeto y la cultura desde la perspectiva psicoanalítica. Se orienta,

en particular, por la inquietud de explorar los vestigios de la pulsión en su doble vertiente, creadora y destructiva, en los conflictos sociales y en la conducta de los protagonistas de la guerra.

Si bien la pulsión¹ en los términos de Freud y Lacan está presente en los albores de la constitución del sujeto, y ello explica que aparezca como manifestación recurrente en la interacción humana y en la dinámica política de los pueblos, estudiar su repetición incansable y analizar las modulaciones que aparecen al ritmo de los cambios sociales y culturales, puede aportar elementos para conciliar sus manifestaciones con el orden cultural.

Algunas preguntas iniciales guiaron la reflexión: ¿Cómo aparece la pulsión en los conflictos sociales? ¿Por qué un sujeto elige participar en la resolución de conflictos sociales como combatiente? ¿Qué intereses de orden sociopolítico subyacen a las razones publicitadas oficialmente para declarar y prolongar una guerra?

LAS REFERENCIAS TESTIMONIALES

Fue aleccionador hacer un recorrido exploratorio por las revelaciones de varios protagonistas del conflicto armado en Colombia: niños y adolescentes, mujeres y hombres, combatientes obligados o guerreros por convicción, sub-

* Psicóloga, Universidad Nacional de Colombia. Psicoanalista y docente. En la actualidad explora el tema de la ética y la responsabilidad social con relación al medio ambiente.

¹ Este concepto propuesto por Freud ha sido objeto de prolongadas discusiones y complejas interpretaciones por parte de diferentes autores. En este texto será utilizado como energía vital inscrita en códigos culturales, por tanto específicamente humana. A diferencia de la noción de *instinto* entendido como respuesta automática inscrita en códigos genéticos, sus manifestaciones emergen en la interacción humana, en muy variados matices que el autor condensa en Eros y Thanatos; escapa a los controles de la conciencia pero es susceptible de transformaciones que favorecen el orden cultural y tiende a la búsqueda permanente de bienestar.

versivos o miembros de las autodefensas. Todos, sin excepción, dejan ver en sus relatos las urgencias subjetivas que pueden inducir a la agremiación pero también a la separación; a la búsqueda de sentido pero también a la obcecación; al sentimiento solidario pero también a la iniquidad con el otro; al esfuerzo constructivo pero también a la inercia anómica. Humanos demasiado humanos, algunos arrasados por el entorno social; otros, conductores del destino propio o del ajeno, y muchos, defendiendo sus sueños como si fueran absolutos. Sin embargo, algunos de ellos luego de reinsertarse a la vida civil, modificaron considerablemente su posición política y subjetiva frente a los problemas sociales que acicatearon la elección de convertirse en combatientes, aunque la inequidad social inherente a tales problemas aún no haya tenido solución. Ahora trabajan por los mismos fines desde posiciones diferentes, se sumergen, aprenden y confrontan en el ejercicio de la política y dan curso a potenciales subjetivos que antes desconocían o no podían utilizar.

Estudiar la versión de uno de los combatientes, que hoy propone a nombre de algunos grupos de autodefensa la solución política, y contrastarla con el relato de dos ex combatientes de la insurgencia, produce perplejidad y una leve expectativa del establecimiento de un nuevo orden. Esta impresión fue afinada, al encontrar disposición conciliatoria en organizaciones creadas por las víctimas del conflicto armado, que promueven la búsqueda del entendimiento sin asomo de retaliación y por el apoyo de diferentes estados que proponen la solución política, como única alternativa al conflicto.

Fue necesario, en principio, creer de buena fe en las versiones escritas, para hacer un contrapunto con la memoria propia o la de otros interlocutores dispuestos a repensar los acontecimientos relatados. Otorgar total credibilidad no es posible, pero el análisis comparado aproxima a una versión más equilibrada y resulta obligatorio asumir un margen de inexactitud atribuible al silencio de lo inconfesable.

Después de esta exploración inicial, la búsqueda conceptual se orientó hacia algunos autores que han dejado huellas para ser seguidas a la luz de la singularidad colombiana. Se buscaba una línea de análisis que diera explicaciones acerca del forcejeo entre el sujeto y el colectivo, entre la idea más lúcida acerca de la condición humana en contraste con la reciedumbre de los eventos sociales; entre la sensatez del análisis histórico o político con la crudeza de los conflictos en Colombia. En la búsqueda de nuevos autores, encontramos un texto de Bernard-Henri Lévy² que recoge testimonios de al-

gunos de los enfrentamientos bélicos más crueles de los últimos años: Angola, Sudán, Sri Lanka y Colombia.

Por diversos aspectos, las reflexiones propuestas por Lévy dieron consistencia a preguntas ya formuladas en torno al sujeto, la guerra y la historia, pero además renovaron y confirmaron elementos valiosos en el orden sociopolítico. A partir de su lectura, y en la línea de explorar la pulsión, se impuso una mención de las semejanzas entre el conflicto armado en Colombia y las guerras de países muy remotos por su ubicación geográfica, pero muy próximos por los dramas sociales y por los efectos trágicos de la violencia sin sentido.

RÉPLICAS DE LA FRATERNIDAD Y DE LA GUERRA

La actualidad y perspicacia de los testimonios de Lévy, confirman la repetición de acontecimientos provocados por conductas humanas que no responden a los niveles de conocimiento alcanzados ni a los mecanismos creados para regular la interacción social. Las circunstancias actuales del mundo³, delatan la enorme capacidad destructiva de la condición humana movilizada por razones conscientes o mecanismos inconscientes. Se podría afirmar siguiendo a Freud y Lacan que, una vez más, a pesar de los recursos simbólicos que ofrece la cultura, lo real de la pulsión emerge en sujetos que hacen uso arbitrario del poder político o armado y del interés económico para aniquilar naciones o sectores de población indefensa. También y, por contraste, en medio del dolor causado por los excesos de la guerra, el sesgo amoroso y creativo de la pulsión se manifiesta en los esfuerzos solidarios, en las propuestas reflexivas y conciliadoras, en las estrategias para sobrevivir a pesar de la adversidad. En Colombia merece destacarse el valor de poblaciones que situadas en zonas de conflicto, asumen una posición de resistencia pacífica, exigen respeto y se mantienen neutrales frente a los combatientes.

Las coincidencias encontradas entre la situación de los países mencionados por Lévy y Colombia, dan cobertura a todo el espectro de factores subjetivos y sociales, económicos y políticos que movilizan a la guerra, pero también al entendimiento y a la reconstrucción solidaria. Por supuesto, no es posible desconocer la enorme desventaja de esta última frente a la eficacia arrasadora de la primera y sorprende de nuevo la impotencia de la mayoría desfavorecida y en conflicto, frente al dominio insensible de los pocos más poderosos. Se mencionan algunos factores coin-

² Bernard-Henri Lévy, *Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la historia*, Barcelona, Ediciones B.S.A., 2002.

³ Se escribe este texto en el primer semestre del 2003, cuando todavía las fuerzas armadas de la coalición entre E.E.U.U., España e Inglaterra, ocupan Irak, sometida con el pretexto de prevenir ataques de destrucción masiva de parte del depuesto gobernante Saddam Hussein. Los antecedentes más visibles y recientes de esta invasión se pueden situar en el ataque suicida a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre del 2001, que desató una retaliación contra el grupo fundamentalista de Ben Laden y una campaña generalizada contra el frecuente accionar de grupos terroristas en varios sitios del mundo. Las causas menos visibles forman un complejo entramado del que se pueden destacar, entre otros: intereses económicos en varias direcciones, pero sobre todo, por el dominio de las regiones petrolíferas; políticas de expansión estratégica; la coincidencia de varios gobernantes de limitada visión política y el desconocimiento sistemático de acuerdos o propuestas de organismos internacionales creados para regular el poder de las naciones.

Con relación al contexto colombiano, el conflicto armado entre el Estado, los grupos insurgentes y los grupos de autodefensas sigue cobrando víctimas, la mayoría de población civil campesina atrapada entre el fuego cruzado de los actores armados. También con frecuencia el ataque terrorista destruye poblaciones indefensas o barrios de ciudades donde se cree habitan las familias o benefactores de los combatientes. De parte del Estado, un gobierno recio que intenta poner orden al forcejeo dilatorio de la insurgencia y grupos de autodefensas que antes guerreaban a nombre propio y ahora intentan reorientar su accionar hacia la participación política; el narcotráfico con su estela de violencia y corrupción, como telón de fondo a una economía en déficit, medidas fiscales de emergencia con efectos sociales explosivos y tasas de desempleo que pauperizan grandes capas de población, o la migración a otros países de la gente joven que además huye de la guerra. A grandes rasgos, la anterior descripción intenta situar algunos elementos que permitan comprender las condiciones mundiales y nacionales que auspician una indagación ambiciosa en preguntas, pero exploratoria y modesta en respuestas.



cidentes, no porque aporten elementos nuevos a los ya conocidos por los analistas sociales, sino más bien como referencia general ineludible, cuando se trata de entender el sesgo violento de los conflictos sociales, aunque el interés prioritario de este ensayo esté centrado en aspectos subjetivos de los combatientes y en la tensión constante entre pulsión y cultura.

Es innegable la incidencia pauperizadora del orden económico mundial impuesto por los países más ricos. La dinámica del mercado globalizado agrava el marginamiento de los países que no han alcanzado índices de desarrollo competitivo y que además deben realizar reformas y ajustes fiscales que asfixian su funcionamiento económico, bajo la presión de mecanismos eficaces de la banca internacional⁴. Como apoyo colateral a tal dependencia y al incremento de la pobreza, la complicidad interesada de sus gobiernos unida a la de sus dirigentes políticos, permiten transacciones desventajosas de los recursos naturales. Estas operaciones se acuerdan con multinacionales que explotan hasta el agotamiento el suelo y monopolizan el mercado de productos cuyo costo final tiene valores agregados que limitan su consumo a los sectores más pudientes. Lo aberrante de la situación, es que un mejor uso de esta riqueza natural permitiría con creces su transformación a países más prósperos y justos. Sobrecoje confirmar que en la guerra, el petróleo es usufructuado en forma ilícita por los grupos armados para financiar la adquisición de armas que retroalimentan el conflicto, por tanto hacen más improbable la solución pacífica, mientras se agotan las reservas naturales, perecen generaciones por hambre y se arriesga la supervivencia de las próximas. Así sucede en Colombia con el robo sistemático a los oleoductos, la explotación o el cobro de gramaje a los cultivos ilícitos que debilitan la tierra, algo parecido a lo que ocurre en Angola con la explotación del petróleo y los diamantes.

En una secuencia atroz, la pobreza y la inequidad social producen mala calidad de vida, bajo nivel educativo y descontento social. Estos factores en conjunto sirven de espacio propicio al inicio de movimientos insurgentes, que pronto pierden el objetivo social para convertirse en grupos guerreros a ultranza que recurren a cualquier estrategia para obtener financiación. Su promesa de redención social desaparece para dar paso a empresarios irregulares de la riqueza natural, que reinvierten su capital en perpetuar el conflicto.

En relación con la inercia de la guerra, se repite el antagonismo formal de los grupos armados, pero también su convivencia sórdida e invisible con acciones casi coordinadas que también hacen secuencia siniestra a su paso por las regiones donde se combate o donde la riqueza amerita un espacio fuera del fuego

para beneficiarse económicamente. Resulta siniestra para "el bien común" que dicen defender y para la población civil que debe soportar el decomiso de bienes como contribución a cada grupo, el reclutamiento obligado de niños y jóvenes, la amenaza y, en numerosos casos, la muerte como retaliación por supuesta colaboración con otro grupo. En el caso de las Lundas en Angola, los guerreros no se atacan para permitir la búsqueda de diamantes que realizan obreros llegados de Zaire y para permitir actividades comerciales de dudosa legalidad, como el tráfico de documentos, los préstamos onerosos para montar un "proyecto" –como lo hacen en Colombia los comerciantes con buscadores de oro o pequeños cultivadores de coca–, los grupos que ofrecen "seguridad", o los traficantes de mano de obra, etc.

Además de los factores mencionados, en el orden cultural es lamentable relacionar dos fenómenos que constituyen una afrenta para la concepción moderna del Estado social de derecho y una violación reiterada de la legislación sobre Derechos Humanos, ambas expectativas alimentadas con la intención de progreso social. El primero de ellos se relaciona con los efectos deshumanizadores del desplazamiento forzado y la migración poblacional, que empieza con el asesinato que desmembra la familia, sigue con el despojo de bienes, la persecución y la errancia sin horizontes. Empeora por las condiciones precarias de los asentamientos subnormales de las ciudades o los campamentos de refugiados a donde llegan, y por el rechazo social que finalmente dificulta el arraigo requerido para emprender una nueva vida. Negados sus derechos fundamentales, tales poblaciones quedan expuestas a perecer en condición de parias sin nombre y sin rostro. Seres anónimos, no reconocidos⁵ a plenitud por el Estado y que sólo figuran en las datos oficiales para justificar la guerra.

Lévy, frente al recuerdo de los seres anónimos que vio morir de hambre o destrozados, cuyas miradas elocuentes interpelaban su condición de humanidad, se cuestiona por la arbitrariedad en el uso de las categorías de lo esencial y lo fútil, lo central y lo periférico, lo que merece mención en la Historia oficial y lo que no se nombra. Propone, entonces, evocando a Walter Benjamin, que los eventos humanos que no se consideran acontecimientos, sean rescatados y nombrados como mínimo compromiso con la historicidad que se les niega a las innumerables víctimas anónimas de Burundi, Eritrea, Bosnia, Angola, Sri Lanka, Colombia. En su opinión, estas regiones operan como "agujeros negros" que succionan la singularidad de sus pueblos.

El otro fenómeno, muy visible por la densidad nociva de sus efectos, es la desaparición de generaciones de niños y jóvenes por su incor-

⁴ Para ampliar estas consideraciones, se recomienda la lectura de Amartya Sen y Joseph Stiglitz, ambos economistas premiados con el Nobel y en otro momento funcionarios del Banco Mundial.

⁵ Se alude a la importancia del nombre y el rostro como elementos de una *identidad singular* reconocida por otro, y que en el ámbito social da lugar a Derechos Fundamentales. El efecto del *reconocimiento* entre los sujetos, es piedra angular en el funcionamiento psíquico y tema controvertido en la sociedad contemporánea, cuando se habla de multiculturalismo. Al lector interesado se recomienda el texto de Charles Taylor relacionado en la bibliografía.

poración precoz a los grupos armados o como víctimas indefensas en la inercia de la guerra. Resulta necio precisar qué es más lesivo para el porvenir de una cultura, si la extinción precoz de los descendientes o el aniquilamiento subjetivo y cultural cuando se les educa para el odio, el asesinato, el atentado aleva en aras de cualquier idea o del uso arbitrario del poder armado. Frente a tal estado de cosas, todavía es insuficiente la denuncia oportuna de algunas ONG para impedir el reclutamiento de niños y jóvenes.

No menos insano es el terrorismo, que en Colombia se lleva a cabo mediante la utilización de cadáveres, animales o vehículos previamente acondicionados con explosivos o personas ingenuas o forzadas, a quienes se les encomienda la tarea de ubicar objetos mortíferos en sitios concurridos. En Palestina y en Afganistán por creencias religiosas o en Sri Lanka mediante el entrenamiento político, se realizan asesinatos o masacres por creyentes y jóvenes que aceptan convertirse en carga explosiva para detonar cuando abrazan a su víctima, o cuando ingresan al sitio elegido. Estas acciones y el atentado a las Torres Gemelas, dejan constancia del efecto alienante de las ideas encarnadas, potenciadas por el odio dirigido hacia el otro como infiel, o al gobernante como agresor o al opositor político.

En otra vertiente de la fidelidad religiosa o civilista, también se replica en esos lugares la intervención humanitaria, la mediación pacificadora, el acompañamiento compasivo de líderes religiosos comprometidos con su misión o ciudadanos anónimos que operan por fuera de los organismos creados para dar atención.

Lévy menciona la labor que cumple Faustin en Bujumbura, buscando los segmentos dispersos de los cuerpos de tutsis despedazados por los hutus. Si se piensa en el riesgo, en la ferocidad de los contrincantes y en el valor incalculable de una acción oportuna⁶, se aprecia el carácter meritorio de su tarea.

En lo que respecta a Colombia, no se puede negar la multiplicación de las acciones humanitarias en condiciones de extrema adversidad, en las zonas rurales y urbanas donde el conflicto es más intenso. Conviene destacar algunos: la recepción y atención básica a la población forzada al desplazamiento y algunos programas de ayuda psicosocial para sus ancianos, niños y jóvenes, por ejemplo: actividades estéticas con intención educativa y terapéutica; las organizaciones de apoyo surgidas en el seno de las comunidades más atropelladas, a pesar de las amenazas y la pobreza; la agremiación de las familias víctimas del secuestro, con la intención de presionar acuerdos políticos o para mantener comunicación con sus parientes en oposición a quienes los mantienen cautivos, y los programas radiales orientados a dar apoyo moral y a facilitar el intercambio de mensajes; la presencia de diversas ONG que hacen monitoreo continuo a la evolución del conflicto, y el acompañamiento a la población para la denuncia reiterada de sus condiciones frente al Estado. Aunque estos esfuerzos están lejos de poder solucionar las secuelas de la guerra, dan cuenta de la capacidad de recuperación social que persiste en medio del conflicto.

Los acontecimientos desbordan las expectativas acerca de la condición humana, tanto en sus posibilidades amorosas y fraternas como



⁶ Películas contemporáneas muy bien logradas, ilustran con historias afines a lo expuesto. Véanse por ejemplo: *Tierra de nadie* y *El pianista*, producciones europeas de reciente exhibición en Colombia.

en sus capacidades aniquiladoras y egoístas. Más allá de las determinaciones sociales conviene preguntarse ¿qué frágil frontera subjetiva se cruza para convertir un sujeto moral en un humano despiadado?, o al contrario ¿cómo emerge sensibilidad por el semejante en un victimario cruel? además ¿por qué despierta fascinación la crueldad y en algunos sujetos es fuente de placer? Estas paradojas en las manifestaciones de la pulsión aún ameritan reflexión.

Lévy, a propósito del tema, interpela a los autores y teorías que él defendió bajo la tutela intelectual de Sartre y admite la fisura entre la interpretación elaborada de los pensadores más reconocidos y la dimensión avasalladora de los conflictos sociales. Reconoce, además, la sacudida subjetiva frente al sentido último de su presencia en los escenarios que describe: ¿valentía o temeridad? ¿compromiso ético o fascinación con lo siniestro? ¿culpa y expiación o sensibilidad con el sufrimiento humano? Este retorno al sujeto que reflexiona y cuya atención se centra en los desvalidos de la Tierra, es un ejercicio interesante en aras de la lucidez de cualquier análisis acerca de la realidad social.

El recuento, sin duda incompleto, de algunas semejanzas entre las causas y los efectos de la guerra en Colombia y los países visitados por Lévy, pretende poner énfasis en la vigencia universal de la pulsión y en resaltar su manifestación en conductas contrastantes, para explorar alternativas frente al conflicto armado y para orientar los esfuerzos hacia la reconstrucción de un país más justo y solidario como paso ineludible hacia una convivencia más respetuosa.

¿POR QUÉ HACER-SE COMBATIENTE?

*"Curiosamente, la vida se pasa queriendo ser. A los cinco años quería ser hombre, porque era más fácil orinar parada. A los nueve, mi sueño era ser bailarina o actriz y pasaba horas actuando para una cámara inexistente. En la adolescencia quise ser veterinaria o médica y al terminar bachillerato, antropóloga. Ahora cuando iniciaba la carrera, anhelaba ante todo ser guerrillera"*⁷.

En la sociedad contemporánea, después de decantar muchas lecturas acerca del sujeto y la sociedad, se podría afirmar que la calidad del entorno social es un factor determinante en el curso de la vida de los sujetos, pero que sus efectos estarán mediados en buena medida por la capacidad racional y deseante que los singulariza. El contexto social les debería ofrecer oportunidades y garantías fundamentales para constituirse en ciudadanos y la educación, mediada por otros, les debería permitir un margen de elección y acción suficiente para asumirse como protagonistas responsables de su existencia.

Suele ocurrir en el devenir de las sociedades y de la cultura que las direcciona, que no siem-

pre coinciden estas condiciones esenciales para el desarrollo más o menos afortunado de los seres humanos. Cuando no confluyen, la desventaja resultante incidirá de muy variadas formas en los sujetos, siendo difícil predecir con exactitud la modalidad de las consecuencias, pero los efectos finales aparecerán invariablemente en las historias individuales y en el vínculo social.

En lo que respecta al sujeto, Freud postula la *interacción fundante* con el semejante que inicia y jalona el proceso de reconocimiento y estructuración subjetiva. Lacan añade que, más allá de los personajes, los códigos culturales auspiciarán una relación que operará en dimensiones de orden real, simbólico e imaginario. Este cruce complejo y fecundo supone que su origen biológico quedará sesgado por la incidencia simbólica del orden cultural y que su capacidad para establecer vínculos estará articulada a la imagen y al deseo de otros. De allí surgirá un sujeto escindido en su ser, siempre en falta, por ello también deseante y signado por el horizonte de su muerte.

Bajo tales auspicios, tendremos un sujeto con posibilidad de nombrarse en una identidad consciente pero desconocedor de los arquetipos de su inconsciente; capaz de pensar, actuar y desear con relación a sí mismo y a los otros pero también con el riesgo de fijarse en solitario hasta la asfixia subjetiva; dotado para transferir afectos y metaforizar emociones, pero siempre en riesgo de perder su expresión razonada y el control de sus acciones; capaz de investigar, crear y reconstruir pero también de ignorar, destruir y abandonar. En esta perspectiva, el sujeto resultante quedará inserto en una red de determinaciones y dispondrá de un margen de opciones para interceptar o para modular las presiones de la realidad social.

Se hace camino al andar, dice el poeta, y Freud lo plantea de ésta forma: "Así como el planeta gira en torno de su cuerpo central a la par que rota sobre su eje, el individuo participa en la vía de desarrollo de la humanidad en tanto anda por su propio camino vital"⁸. Asumir la existencia supone un continuo forcejeo entre aspiraciones individuales y urgencias de interacción con los otros, para lograr un bienestar relacionado entre otros aspectos, con necesidades vitales, satisfacciones imaginarias, ratificaciones subjetivas y elaboraciones simbólicas. Cada sujeto anudará su particular fórmula de goce y vivirá bajo el señuelo del deseo siempre en el horizonte. En el devenir de su existencia encontrará modelos humanos que momentáneamente encarnarán viejos sueños o portarán huellas de otros de valor trascendente y los seguirá por inercia o convicción, hasta que pueda resituarlos en dimensiones más terrenales. La fidelidad a tales modelos, ya decantada, le permitirá aportar o crear a partir de lo que percibe como más genuino en su ser, y sus elecciones y acciones llevarán la impronta singular de su historia.

⁷ María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir*, 2a. edición, Bogotá, Ediciones Anthropos, Ministerio de Cultura, 2001, pág. 88 (Nota: el énfasis es nuestro).

⁸ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, pág. 136.



A partir de la lectura propuesta por el psicoanálisis para entender la aparición del sujeto y la movilidad constante de su funcionamiento psíquico, se pueden interpelar los móviles subjetivos de quien elige dar sentido a su existencia al ingresar a un grupo armado para mejorar la sociedad que le tocó en suerte. Los testimonios publicados en Colombia y los relatos recogidos por Lévy, aportarán el material inicial para el análisis, siempre bajo el supuesto de estudiar versiones racionalmente honestas de los acontecimientos relatados. Se arriesga la validez de inferencias singulares, que pueden representar un sesgo subjetivo y también social del denso tejido entre el sujeto y la cultura que, según Freud, suele convertirse en conflicto.

ENTRE EL GRILLETE DE LOS IDEALES Y LA MANIPULACIÓN DEL OTRO

"Por la fuerza y moral del colectivo, en la medida que cada persona se sentía reconocida, tenida en cuenta, crecía, cambiaba y hacía suyos los nuevos valores. El arma era portadora y estaba al servicio de un ideal de país, de sociedad, de una ética"⁹.

Las generaciones jóvenes, entre los siete y los veinticinco años, constituyen el arsenal humano del que se proveen los guerreros de oficio, llámense fuerzas legítimas o grupos armados irregulares. Varios factores lo hacen posible, pero de manera particular las limitaciones económicas, la falta de oportunidades educativas o laborales, la indefensión física frente al poder del Estado o de las armas y la fragilidad subjetiva cuando apenas se afinan los referentes para asumir la existencia.

En relación con la procedencia social de los militantes de la insurgencia, los relatos analizados permiten diferenciar dos factores: en algunos casos una extrema pobreza tanto en el campo como en los barrios marginales de las ciudades que, sumada a episodios cruentos de violencia social, propiciaron el resentimiento frente al Estado y la disposición a combatir la injusticia por la vía armada. Y, en otros, el ambiente universitario de jóvenes de clase media que adquirieron en el contexto familiar referentes de sensibilidad social, y después de un proceso de militancia política, ingresaron a las filas de la insurgencia.

En el caso de las autodefensas, aparte de la retaliación como incentivo para tomar las armas, aparece el itinerario cumplido por una

mujer con intereses sociales que inicialmente se identificó en algún grupo subversivo y luego, decepcionada por los asesinatos y los abusos con las comunidades, cambió sus simpatías hacia las autodefensas, donde encontró actividades de tipo comunitario que daban curso a sus iniciativas y que le permitían el recurso subjetivo de "negar"¹⁰ la violencia demoledora de su nuevo grupo. Su labor se orientó a actividades que garantizaban algún bienestar al combatiente y a su familia y a confirmar informaciones que luego daban paso a acciones bélicas.

Su relato de los eventos siniestros que mermaron la población de invasores en Pueblo Nuevo¹¹ ilustra la inercia ideológica de algunos de los conflictos sociales en Colombia. En el caso de las invasiones, sucede que sectores de población que sobreviven en condiciones infrahumanas, decidan invadir terrenos extensos y abandonados por efecto de la misma violencia social para dar salida a sus necesidades más elementales. En la medida en que su accionar actualiza el drama de la inequidad en el reparto de la tierra y que en algunos casos obtienen soluciones favorables de parte del Estado, también atraen el interés de los grupos armados que quieren convertirlos en grupos de apoyo o punta de lanza para rastrear al enemigo. De esta forma, algunas experiencias comunitarias se convierten en el escenario propiciatorio del conflicto armado, sin que en todos los casos éstos hayan surgido bajo los auspicios de los combatientes.

En Pueblo Nuevo, los invasores terminaron en guerra soterrada contra la subversión, que los infiltró para disputarles el territorio e imponer sus condiciones. En palabras de Isabel: "*Hubo como ciento ochenta muertos; la guerrilla mató el treinta por ciento, y los campesinos al otro setenta, por ser guerrilleros(...) Yo vivía allá con los pescadores y los campesinos. Y guardé silencio, como lo hicieron todas las mujeres*"¹². Se observa cómo la crueldad de las venganzas hace perder el horizonte de los beneficios comunitarios, y lo que podría ser una experiencia social que diera abrigo a una generación de desarraigados, se pervierte por efecto de la ambición de poder y por la sevicia política.

Si admitimos el anudamiento pulsional del amor y el odio en todos los sujetos, podemos inferir que resulta fácil traspasar la frontera de uno a otro cuando se estimulan con astucia ideales encarnados, obediencias alienantes o

⁹ Vera Grabe, *Razones de vida*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 2000, pág. 9.

¹⁰ Se alude al recurso inconsciente de desconocer la significación de un hecho porque contraría las aspiraciones del sujeto. A nivel de la conciencia también se minimizan los efectos de un suceso, a partir de razonamientos tendenciosos para aminorar la censura.

¹¹ Invasión realizada por quinientas familias de pescadores y campesinos a mediados de los años ochenta, a una finca inmensa de propiedad de un político de la región, según el testimonio de Isabel, quien convivió con la comunidad.

¹² *Ibid.*, pág. 142

emociones incontrolables. Quien elige el trabajo en beneficio de la comunidad, en un contexto anómico como el nuestro y sin la lucidez requerida para diferenciar la justicia lícita de la imposición justiciera, queda expuesto al avasallamiento de los *amos arbitrarios*. Es decir, en la vertiente de los ideales una vez potenciados por un sentimiento intenso, se debilita toda racionalidad ética y se da paso a las acciones destructivas bajo la dirección de los estrategas de la muerte, quienes operan en el imaginario de sus seguidores con un poder ilimitado, que utilizan para asuzar la defensa más radical y el miedo cómplice. De esta forma los referentes culturales que inhiben la acción se trastocan y cualquier retaliación está justificada.

Otro evento semejante ocurrió en Chinchiná (Caldas) cuando un zapatero que trató de impedir la beligerancia de una manifestación popular fue agredido mortalmente por un agitador de oficio. Ello ilustra la maniobra canalla que busca agudizar el conflicto sin ninguna consideración sobre las consecuencias, que en tales circunstancias suele ser la pérdida de vidas humanas. En el caso referido, quien auxilió al pacificador a pesar del riesgo de ser agredido, debió refugiarse en otro país por las amenazas de muerte. Así, un gesto humanitario con la persona agonizante, le ocasionó el destierro por la arbitrariedad de los conductores de la guerra.

Esta dinámica imparable que convierte el conflicto social en "fiesta de la muerte", posiblemente no signifique demasiado en las consideraciones del joven seducido por el poder de las armas o por la elocuencia redentora del agente que busca adeptos. Tampoco si busca escapar de entornos familiares difíciles; o si lo mueve la urgencia de concretar una autonomía que parece insinuarse en la elección heroica; o si lo atrae el señuelo de ser partícipe de una comunidad que otorga identidad y traza horizontes. Menos aún podrá discernir para rechazarla, cuando es enrolado por presión del Estado o bajo la amenaza de los grupos armados.

Una vez en las filas de la milicia, la rigidez de las jerarquías, la verticalidad de las normas y la amenaza de drásticas sanciones que pueden conducir a los juicios sumarios y a la muerte¹³ garantizan en principio la lealtad formal, el ímpetu guerrero y la ratificación de premisas que justifican esta forma de reivindicación social. Además, en los grupos donde se realiza un continuo adoctrinamiento ideológico y una aproximación personal o afectiva entre los jefes de grupo y sus subalternos, se afianzan urgencias identificatorias que de no ser cultivadas podrían significar la desertión.

Como instrumento de control, las aproximaciones afectivas y sexuales facilitan la sujeción

incondicional y el abandono temporal de cualquier vacilación subjetiva. Este testimonio lo ilustra: "...Pero una noche llegó un compañero a mi hamaca y me dijo: «La llama el jefe», ...Yo sentí temor. Allí uno era como una ovejita: sí, compañero; como Ud. diga compañero... Pero también estaba convencida de que todo lo que Fabio hacía era perfecto..., Yo no tenía deseos. Pero temía que si le desobedecía me hiciera un juicio y me condenara por algo que se inventara. Él podía arreglar alguna cosa. Como era el jefe... Después supe que Fabio armaba enredos entre las mujeres para separarnos, de modo que no nos contáramos lo que había hecho con unas y con otras (...) Cuando supe todo lo que hizo me quedé aterrada. Y me decía: ¡Este señor era como mi papá, el movimiento que creó era el que iba a cambiar el país, yo lo había dejado todo (mamá, familia, compañero) por esa idea! ¡No puede ser que yo me haya dejado lavar el cerebro de esa manera!"¹⁴.

Pero tejer redes afectivas también significa la posibilidad de sufrimiento cuando desaparecen las personas o resultan lesionados en combate, y si reconocemos el valor subjetivo que puede otorgar el afecto, igual puede significar un riesgo para la seguridad personal y la del grupo. Hace unos años, un dirigente de esta misma organización fue aprehendido cuando visitaba a su amante en una ciudad próxima al campamento guerrillero y el despliegue informativo enfatizaba la condición homosexual de la pareja. Este aspecto particular del vínculo, en una sociedad tradicional, da relevancia a la potencia del amor, que rompe obstáculos y previsiones en una situación tan riesgosa para un combatiente.

En los testimonios más recientes, las redes amorosas y afectivas parecen más democráticas y flexibles, por los cambios culturales en relación con el valor de la mujer. Sin embargo, las relatoras de la experiencia admiten el dominio masculino y la insensibilidad frente al dolor que causan. "Nadie me dijo qué hacer con los sentimientos de asombro y dolor frente a la destrucción causada por uno mismo, nadie nos contó que la maquinaria de la guerra avería el alma, que en algunos momentos, es mejor morir que sobrevivir con una carga tan pesada. Nadie dijo nada..."¹⁵.

Estos son algunos de los matices encontrados con relación a los móviles subjetivos que facilitan la elección de un combatiente. En el trasfondo mantienen vigencia las operaciones identificatorias para dar consistencia momentánea a la subjetividad, la búsqueda de sentido, la fuerza de los ideales y la importancia del reconocimiento; la manifestación permanente de la pulsión en su doble vertiente, y la infinita aspiración humana al "bienestar" que cada cual imagina para sí o para otros, según sus fantasmas.

¹³ En Colombia, la muerte súbita de algunos agentes o reclutas que prestaban el servicio militar obligatorio, según las denuncias de sus familias, fueron causadas por castigos severos.

¹⁴ Patricia Lara, *Las mujeres en la guerra*, Bogotá, Planeta, 2000, pág. 44. Se alude a Fabio Vásquez Castaño, fundador y dirigente del Ejército de Liberación Nacional. Fue enjuiciado y destituido del grupo armado.

¹⁵ María Eugenia Vásquez, *op. cit.*, pág. 224.

EL ODIAMORAMIENTO, LA CONDICIÓN DEL SUJETO

"Entre el amor por mi gente y el odio por el enemigo encontré una fuerza pasional que me mantuvo en la militancia. La ideología... la ideología estaba más allá como justificación de ese sentir, sosteniendo mi mundo racional"¹⁶.

Como una afrenta a la imagen narcisista que nos asemejaría con el Otro excelso, la teoría del sujeto, a partir de Freud y Lacan, resalta la imperfección y la incompletitud de la construcción subjetiva y, sin desconocer la función simbólica de los ideales, alerta sobre su rigor, que puede tornarse mortífero. A contravía del *bien* anunciado, puede conducir al aniquilamiento de sí y del otro, en un anudamiento fatal para la convivencia que respeta las diferencias. Esta fisura entre el *deber ser* y la *condición des-ser*¹⁷, alimenta la opción del *goce*, como fórmula personal para soportar la vida, y pone a prueba los referentes sociales que sugieren un orden para la interacción.

Bajo estas premisas, ratificadas por muchos acontecimientos de la historia de las culturas, se puede vislumbrar una explicación a las paradojas del sujeto. Sólo para mencionar algunas que conciernen para este texto: la fraternidad convive con la mirada celosa; el amor fijado en la dimensión imaginaria se entreteje con el odio cuando intenta atrapar en la fusión que asfixia la singularidad del amante; el envés de la capacidad destructiva es la posibilidad de crear y renacer; el reconocimiento oscila entre la aproximación y la exclusión; el Estado-padre debe poder *decir no* pero promueve la rebelión que debiera concretarse en la *creación más allá del Otro*; el suicida-comba-

tiente que elige la inmolación encuentra sentido a la existencia en la desaparición que lo margina del acontecer creativo y lo petrifica en la imagen jalonadora de nuevos sacrificios.

¿Cómo atemperar los referentes? ¿Cómo significar el *no del padre*, para potenciar la *responsabilidad* y debilitar la obediencia resentida? ¿Cómo fortalecer el *deseo* unido a la *ley*? ¿Cómo establecer *filiaciones* sin proponer exclusiones? ¿Cómo conciliar las diferencias y cómo modular creativamente las semejanzas?

En la búsqueda incesante de apoyos para obtener consistencia subjetiva, el sujeto puede anularse en el enamoramiento especular, desgarrarse en el extrañamiento solitario o derivar sin pausa entre la solidez ocasional y la fisura recurrente. Sostener la singularidad implica pasar bien librado por la castración simbólica que potencia pero que también atempera el *deseo* con el rasero inmodificable de la *finitud*. Para aceptar este horizonte, deberá vivir el proceso de inserción paulatina en referentes que le orientan a salir de la entropía narcisista al intercambio azaroso que diferencia pero multiplica. Sin percatarse mucho, el otro que cumple la función, instilará los matices de la pulsión y cumplirá la tarea más vulnerable para la permanencia del orden cultural. Y la operación simbólica, mediante la cual instaura tales códigos en el sujeto en ciernes, deberá interceptar el reconocimiento que funda con el interés por los semejantes; la imposición que obliga con el discernimiento que justifica; la protección necesaria con el auspicio de la autonomía razonable; los valores cívicos con las opciones personales; los derechos fundamentales con las responsabilidades sociales. En otras palabras, en el sendero de bus-



¹⁶ *Ibid.*, pág. 191.

¹⁷ El *des-ser* alude a la movilidad subjetiva, fruto de la aspiración a una consistencia siempre evanescente.



car el bienestar individual y social, la vigencia de los límites culturales deberá señalar la ruta pero no tanto que asfixie el interés subjetivo. A su vez el *deseo*, tan singular a cada sujeto, no deberá ignorar el derecho inalienable del semejante a perseguir el propio y entre tanto se cumplirá el itinerario que los iguala en el desamparo final.

En el ámbito del Estado, aunque el cruce de aspiraciones individuales con la urgencia de consensos para orientar el destino colectivo hace imposible la satisfacción plena, ello no exonera de sostener el empeño de construir una sociedad equilibrada en sus beneficios para quienes la conforman. Si los ideales de igualdad y progreso, convertidos en señuelo para ocultar imaginarios totalitarios, dieron al traste con anhelos de varias generaciones en diferentes partes del mundo, la respuesta no es afianzar los intereses individuales o los de unos pocos, respaldados por el poder económico o político, en detrimento de un funcionamiento social cada vez más justo. El compromiso de los gobernantes en la sociedad contemporánea es cada vez más obligante, por los acontecimientos sociales que han de ser procesados para gobernar con mayor responsabilidad; por la evolución del saber acerca de lo humano y por el avance de la ciencia que hacen inaceptable la improvisación fruto de la ignorancia¹⁸; por el desarrollo tecnológico alcanzado que amenaza la permanencia de la vida y el futuro del planeta, por la urgencia de una ética reflejada en las acciones políticas.

En términos del sujeto que interactúa como ciudadano, debiera traducirse, como mínimo, en el manejo responsable de las oportunidades que pueden dar curso a sus deseos y en la participación reflexiva y constante de los fines colectivos.

Humanizar al adversario

"Eso de la paz es un reto muy complicado: supone asumir una conducta inédita para enfrentar un problema viejo. Y los problemas, cuando son viejos, propician conductas que los alimentan, que los engordan. Cuando se plantea la posibilidad de una conducta nueva para enfrentar un problema viejo, la respuesta es el miedo: la gente ya se acostumbró a su problema, vive con él; lo disfruta, incluso"¹⁹.

Transformar la desconfianza que polariza y vencer el miedo a quien parece tan extraño, puede abrir la posibilidad del entendimiento

y el respeto, pero requiere del valor subjetivo para confrontarse en el encuentro con el otro. En

términos psíquicos, saber más del otro –un sendero con retorno– significa conocerse, esto es, ratificar una condición común que crea filiaciones pero también significa puntuar diferencias que marcan límites e identidades. Esta disminución de la distancia o de las diferencias, facilita otra mirada, donde opera el reconocimiento que todos anhelan. Es el desplazamiento del otro ajeno y atemorizante, al semejante compañero de ruta hacia la muerte, o réplica de la propia imperfección. Como correlato es posible desplazar el rencor y el rechazo hacia el interés por conocer sus razones, conceder la pausa que puede propiciar la empatía y el respeto. "La guerra no es un baile de vals en Viena; la guerra nace del odio y genera más odios; es irremediable. Entonces, la única forma de terminarla es *apelar al otro lado del corazón de las gentes*, y ese lado, por lo general, sigue siendo más grande que el de la amargura"²⁰.

Dar curso al encuentro dialógico con la disposición ética requerida, es más difícil que el enfrentamiento con el apoyo de las armas, pero excluye el exterminio del otro y le apuesta a la permanencia de la vida que merecen todos, para hacerla más amable en un esfuerzo conjunto cada día. De los testimonios estudiados, es posible mencionar varias situaciones que confirman estas inferencias.

Para destacar, en principio, la experiencia conciliadora, construida con decisión y persistencia a pesar de los riesgos y de múltiples eventos desfavorables, entre el M-19 y las Autodefensas del Magdalena Medio; diferentes factores lo hicieron posible, y su orientación parece mantenerse en el proceso actual de desmovilización. Un evento que parecía impensable hace unos años, se concreta, no sin dificultades y con muchas inquietudes respecto a la defensa de los Derechos Humanos, porque los protagonistas se arriesgaron a aproximarse para buscar acuerdos.

Con efectos semejantes, el encuentro con la sociedad que han combatido y la participación política desde dentro de sus instituciones, les ha permitido a algunas de las personas reinsertadas tener una visión más cualificada de los problemas sociales que han justificado su ingreso a la subversión. Es innegable que el aislamiento geográfico e informativo de los

¹⁸ En Bogotá y Cali, como resultado de campañas hábilmente demagógicas, fueron elegidos un concejal y un alcalde sin los requisitos elementales de educación y competencia administrativa. La consecuencia de sus errores o de sus caprichos subjetivos son incalculables para el funcionamiento de las ciudades y desdichan de la sensatez de los electores.

¹⁹ Otty Patiño y Álvaro Jiménez, *Las verdaderas intenciones de los paramilitares*, Bogotá, Intermedio Editores, 2002, pág. 144

²⁰ *Ibid.*, pág. 143. El énfasis es nuestro.

grupos subversivos limita el conocimiento del ritmo cambiante de las sociedades y ello les ancla en esquemas teóricos desuetos que al no tener mayor interlocución adquieren la connotación de dogmas, ya abandonados en otras latitudes. Puede ser aleccionador conocer las verdaderas impresiones que se llevaron los delegados de la subversión enviados por varios países europeos a entrevistarse con dirigentes políticos y sindicales en la primera etapa de los diálogos de paz.

Otras circunstancias también han auspiciado la prevalencia amorosa de la pulsión, como es el caso de combatientes que se han encontrado en prisión con militantes de los grupos opositores y han tejido relaciones de respeto que pueden ser el paso previo al cese del odio y la persecución. O la de los niños ex combatientes, que han encontrado posibilidades de estudio o trabajo y lentamente cicatrizan las heridas dejadas por la guerra para cultivar aspiraciones que pueden darle otro sentido a su existencia.

Combatir el sesgo tanático de la pulsión significa reinstalar la versión que hace lazo social. Atemperar el odio con la piedad y el encuentro discursivo, restablece una condición de humanidad que acoge y reorienta pasiones. En tal dirección debe ser posible modificar el cansancio de la contienda por los beneficios de la concertación; las tensiones de la defensa o de la huida por el reposo prudente del reencuentro con el vínculo social; el desajuste subjetivo de la transgresión y el castigo, por el acuerdo justo que restablece un orden y atempera una deuda social; la errancia o la soledad del aislamiento por el arraigo y el reencuentro familiar. Estas alternativas palpitan bajo la reciedumbre del sujeto que, atrapado en lo imaginario, alguna vez conoció las ventajas del reconocimiento humanizante. Es decir, el que da paso al *cuidado amoroso*, el que auxilia en la *desvalidez* y con ello enseña el *sentimiento solidario*, el que concita a la *exploración del mundo*, el que trasmite la vigencia de la *ley*; en pocas palabras: el que reconoce y potencia *la humanidad que se replica en mí*.

Sin el optimismo delirante de propuestas que aspiran a la fusión universal, y a riesgo de repetir lo *ya des-conocido*, podríamos decir que si el *malestar subjetivo* es irremediable, el entorno social y político convertido en escenario para canalizar anhelos y satisfacciones cotidianas deberá ofrecer condiciones básicas de equi-

dad y justicia que sirvan de contexto general a la búsqueda insaciable de cada cual. El reto sin embargo es mantener un hilo conductor que reúna esfuerzos, derive hostilidades hacia la creación constante y participativa y mantenga la vigencia de límites disuasorios que reconduzcan los embates de la pulsión, en su sesgo destructivo, hacia los senderos del orden cultural.

BIBLIOGRAFÍA

Aranguren, Mauricio, *Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos*, 11a. edición, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 2002.

Freud, Sigmund, *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, en *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979.

_____, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, ed. cit., vol. X.

_____, *¿Por qué la guerra?*, en *Obras completas*, ed. cit., vol. XXII.

González, Guillermo, *Los niños de la guerra*, Bogotá, Editorial Planeta, 2002.

Grabe, Vera, *Razones de vida*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.

Lacan, Jacques, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral Editores, 1977.

_____, *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988.

Lara, Patricia, *Las mujeres en la guerra*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.

Leguil, François, *Política del psicoanálisis y psicoanálisis de la política*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001.

Lévy, Bernard-Henri, *Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la historia*, Barcelona, Domingraf, F.L. Impressors, 2002.

Miller, Jacques-Alain, *Elucidación de Lacan*, Charlas Brasileñas, EOL- Buenos Aires, Paidós, 1998.

Molano, Alfredo, *Desterrados*, Bogotá, El Áncora Editores, 2001.

Patiño, Otty y Álvaro Jiménez, *Las verdaderas intenciones de los paramilitares*, Bogotá, Intermedio Editores, 2002.

Pizarro Leongómez, Eduardo, *Insurgencia sin revolución*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.

Taylor, Charles, *El multiculturalismo y la "política del reconocimiento"*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.